



Columna

Renato Alvarado Vidal,
médico

Europa en el siglo 19, Chile y Chiloé

Para hacer un balance de cómo le ha ido a Chiloé con la anexión a Chile, tendríamos que imaginar las alternativas, preámbulo para ubicarnos en lo que acontecía en el mundo más allá de nuestras islas. A principios del siglo 19 el imperio español estaba bajo el dominio napoleónico y, por lo tanto, en guerra con Inglaterra, potencia esta última que tras su victoria en Trafalgar, el 21 de octubre de 1805, había quedado dueña del mar, y que podía golpear en cualquier punto de las vastas posesiones. El primer asalto británico fue en Ciudad El Cabo, en 1806, y fue un triunfo tan fácil que los alentó a acometer ahora tras un botín más sustancioso, el Río de la Plata.

Primero tomaron Buenos Aires, capital del virreinato. Fue otro triunfo fácil, ya que el señor virrey optó por una prudente huida. Los ingleses avisaron a Londres que el imperio español estaba maduro para ser cosechado y la corona británica despachó una nueva expedición, con el propósito de adueñarse ahora de las posesiones en el Pacífico, con mucho interés en Ancud, por su posición geográfica, y en El Callao, por su riqueza.

Lo que frustró el plan fue que mientras venían en camino, el criollaje próspero de Buenos Aires organizó la resistencia a la invasión, la población se alzó en armas y expulsaron a los ingleses; por este motivo, cuando la nueva expedición llegó a Montevideo tuvo que cambiar su propósito y hacer una nueva intentona sobre Buenos Aires en 1807, la que también fue derrotada. De estos sucesos

se desprenden una enseñanza, los ingleses estaban interesados en tener una base naval en el Pacífico Sur, y un par de consecuencias, la primera fue que no lo consiguieron y la segunda, y también muy importante, fue que el criollaje adinerado de Buenos Aires se encontró con que había defendido lo suyo sin el apoyo de la corona española.

La fuerza de combate que había derrotado a la invasión había sido comandada por una oficialidad formada por los hijos de esa clase social adinerada, pero el contingente de soldados había salido del pueblo llano, de ese peonaje al que la clase dominante temía, ya que la revolución francesa era un proceso reciente y vigente. Los dueños de las fortunas porteñas temían que si eso se contagiaba a América, las cabezas que rodarían serían las suyas.

En vez de eso se encontraron con que tenían un ejército que seguiría -hasta la fecha- las órdenes de los dueños de las fortunas; con esto se dieron las condiciones para las guerras de independencia, aún en ausencia de un previo movimiento o partido independentista.

Para nosotros lo más importante era que España se encontraba enconadamente dividida entre los absolutistas partidarios de Fernando VII y los liberales que defendían la Constitución de 1812 redactada por las Cortes de Cádiz como depositarias de la soberanía nacional. Esto dividió incluso al cuerpo de generales y fue el factor principal de la derrota en el Alto Perú.